

Katie Lowe

**Las furias**

Traducción del inglés de  
Virginia Maza

 Siruela

Nuevos Tiempos

*Para Maria*

*No soy profeta —ni es que importe—;  
he visto titilar mi momento de grandeza  
y al eterno lacayo sostenerme el abrigo y reír por lo bajo,  
y, en resumidas cuentas, he tenido miedo.*

T. S. ELIOT,  
*Canción de amor de J. Alfred Prufrock, 1915*

*Obsérvese a esta generación de brujas que, si en algún momento son maltratadas por uno de sus vecinos al grito de putas, ladronas o cosas por el estilo, son las más prontas en romper a llorar, estrujarse las manos, derramar lágrimas en abundancia y correr al juez de paz llevadas por la desolación absoluta para presentar sus denuncias con lágrimas incontables. Ahora bien, atiéndase también su estupidez, pues reflejándose en ellas la naturaleza o los elementos, cuando se las acusa del condenable y terrible pecado que es la brujería, no alteran ni mudan el rostro, ni dejan caer lágrima alguna.*

MATTHEW HOPKINS,  
*El hallazgo de las brujas, 1647*

Lo extraño, decían —y se estrujaban las manos y susurraban, como si no fuéramos a oírlos ni a estar escuchando por una extensión o a través de las paredes—, era que no podía determinarse la causa de la muerte.

Los resultados no eran concluyentes, decían, como si eso cambiara en algo lo que era: una chica de dieciséis años había aparecido muerta en el colegio y no tenían ninguna pista sobre el porqué ni el cómo. No había huellas inexplicables en el cuerpo, la exploración forense no dio con signos de violencia ni de agresión sexual y no encontraron ni una sola fibra que no llevara hasta ella, sus amigas o su madre, a quien abrazó por última vez antes de ir a clase por la mañana. Era como si el corazón se le hubiera parado de pronto y la sangre se le hubiera estancado en las venas, conservándola para siempre en un instante único y vigilante como el amanecer.

La prensa alimentó la confusión con fotografías de la pantalla de la policía que dejaban a la imaginación el terror oculto tras aquella tela. Aunque para entonces, yo ya lo había visto. Y lo sigo viendo a veces cuando intento dormir. Lo llevo grabado en la memoria, y no porque fuera algo horrible ni porque me dejara una especie de trauma de por vida. En modo alguno, lo que siento al recordarlo es justo lo contrario: un cosquilleo frío y dulce.

Hoy, el escenario se me presenta como un cuadro renacentista, con aquella composición perfecta y la leve inclinación en el cuello de la chica; igual que la *Piedad*, aunque de eso no me percaté entonces. De hecho, no fui consciente del parecido hasta más de una década después, en una visita al Vaticano. Como es

obvio, mis alumnas pensaron que si rompí a llorar de repente al contar la historia de la escultura, era por mi gusto exquisito, en una respuesta visceral a la belleza de la obra de Miguel Ángel. No hice nada por sacarlas del error.

Viva, era hermosa —una niña que empezaba a descubrir su potencial, a conocerse, clavículas y carne en flor toda ella—, pero he de reconocer que la muerte la hizo sublime. Algo así como el poema *La Gioconda* de Michael Field:

*Mirada de soslayo, que incrimina desde la historia;  
el brillo del terciopelo sonriente en las mejillas;  
la sonrisa eleva unos labios serenos; una mano reposa  
con delicado rubor, el paciente reposa  
de la crueldad que aguarda, pero no va en pos  
de su presa...*

Una pareja infravalorada, en mi opinión. Cómo me encantan esas palabras, aún hoy.

Así, en esa postura, fue como la encontraron: con los ojos abiertos y perfectamente sentada en un columpio; dispuesta de forma impecable y viva en todo, salvo por los regueros azules de sangre desoxigenada que desalojaron el rubor juvenil, por los hilos de plata de una delicadeza imposible que le sujetaban las manos a las cadenas y por lo rígida que tenía la espalda —obra del *rigor mortis*— cuando la encontraron sobre el balancín que aún se mecía con suavidad. Tenía los pies cruzados con elegancia por los tobillos, aunque un zapato se le había caído al suelo. Y llevaba un fino vestido blanco, que el rocío de la mañana había hecho casi transparente. Una obra maestra contemporánea, intensa y profunda.

«Qué desgracia», se lamentaban y la lluvia arrastraba goterones de tinta de las tarjetas de ramos de supermercado que decían «Un ángel ha subido al cielo». Remolacheros y pescadores murmuraban en las lonjas, su cara invadió las páginas de los periódicos locales —cuyo interés no solía ir más allá del aumento de la población local de gaviotas y de los numerosos, cuando no inagotables, fallos del sentido único de circulación— y las cabeceras estuvieron presididas durante semanas por la foto del

anuario y un «No te olvidaremos» escrito debajo en una letra demasiado informal. Los periodistas de los informativos —los periodistas de verdad, los venidos de todo el país y también de fuera, de tan fascinante que era la imagen— pasaron ese tiempo merodeando por la ciudad, atentos a lo que se contaba al oído y a la caza de pistas perdidas. La ocupación hotelera creció de forma espectacular y, haciendo gala de humor negro, los dueños de los restaurantes decían que no estaría mal alguna muerte más de vez en cuando. A ojos de todos, ese año resultó formidable.

—Pondremos todos los recursos a nuestro alcance para llegar al fondo de este asunto y evitar que algo así vuelva a suceder en nuestra ciudad —afirmó el jefe de policía, orgulloso de verse ante una cámara. La primera vez lo vi con mi madre y sola en casa años después, cuando un *voyeur* anónimo subió a internet un vídeo lleno de grano que lograba evocar las grandes tragedias de la era de la televisión (algo en él me recordaba a un vídeo del asesinato de Kennedy, la sobriedad de sus formas y el retumbar de la cabeza al caer hacia atrás)—. Indagaremos desde todas las perspectivas, no dejaremos pistas por seguir e investigaremos a toda persona que tuviera relación con la joven, hasta determinar las circunstancias exactas que la llevaron a sufrir tan trágica muerte.

No lo hicieron, por supuesto. Descartaron a los sospechosos habituales —novios, exnovios y un padre perturbado—, y ahí quedó todo. Incluso hoy en día, al buscar su nombre aparecen toda clase de teorías de aspirantes a detective, algunas delirantes y otras, sorprendentemente acertadas. Yo las leo de madrugada, movida por la curiosidad, cuando la oscuridad pesa y me urge verla. Les estoy agradecida a los *voyeurs* de la red y al desconocido que subió las fotografías de la escena del crimen décadas después. Por ellos, bullo de vida y mi recuerdo irradia blanco, cálido y cristalino.

Y es que, a pesar de todo lo que sucedió luego —la investigación, las preguntas, las lágrimas ante la cámara y el gimotear frases lastimeras a periodistas embobados— y de tantos años como han pasado, sigo enfrentada a una verdad inconfesable: no me siento culpable de lo que hicimos. De nada. No sé por qué, pero me es imposible. Soy consciente de que es un crimen y es eviden-

te que me persigue el miedo al castigo. Pero, aun así, su muerte no me produce ningún sentimiento de culpa.

El año en que la conocí y a lo largo de los acontecimientos que llevaron a su muerte —su asesinato—, estuve más viva que nunca, ni antes ni después. Según Pater, el éxito de la vida reside en «Arder siempre con esta llama viva, como una piedra preciosa...»; la verdad, aunque suelo repetirles la cita a mis alumnas, nunca tengo la impresión de que prenda en su imaginación como nos pasó a nosotras. Y al recordarla a ella, siento que esa llama arde viva y brillante.

Estuvimos cerca de la divinidad. Tocamos a los dioses y los dioses nos corrieron por las venas. La lujuria, la envidia y la codicia nos aceleraron el pulso... y, por un tiempo, estuvimos verdadera y terriblemente vivas. Podría haber sido cualquiera de nosotras la que apareció allí sentada como la Virgen María, meciéndose con suavidad en aquel columpio. Fue simple cuestión de suerte que acabara siendo ella y no yo.

Otoño